

El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7043

Precios de suscripción.

CARTAGENA, un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 50 id.—EXTRANJERO, tres meses, 11²⁵ id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

VIÉRNES 23 DE ENERO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

Suscripción abierta en el Vice-consulado de S. M. Británica en Cartagena, para socorro de las desgracias ocasionadas por los terremotos en las provincias de Málaga y Granada.

	Ptas.
Suma anterior	1.400
D. F. C. Barker	25
« C. Wait	5
« Eduardo Petman	25
« Guillermo Muuso	100
« Gualterio Ayton	25
« Antonio Cruz	10

Ptas. 1.590

Cuya suma total de mil quinientas noventa pesetas, ha sido remitida al Sr. Cónsul de S. M. Británica en Málaga para la inmediata distribución de la misma entre los desgraciados que motivaron esta suscripción.

¡¡CARIDAD!!

¿Qué significa esa casi universal agitación de pueblos y de naciones que parece anunciarnos la realización de algún extraordinario y trascendental acontecimiento? ¿A caso será que guerreros e intrépidos ejércitos se aprestan al combate? ¿Será, por ventura, que numerosas y heroicas legiones van á luchar y á despedazarse mutuamente? ¿Retumba ya en el espacio inmenso el estampido del cañón? ¿Es que la sangre de víctimas innumerables se desborda cual torrente impetuoso, sembrando por doquier la tristeza y la muerte?... ¡Ah!... No, no es lucha de hombres, no es que la humanidad se destruye á sí misma; no es que el arma homicida se ensaña furiosa en el pecho del guerrero que ha sido vencido en el combate.... Esa agitación que tanto nos admira es la lucha titánica que sostienen la más hermosa, la más sublime de todas las virtudes humanas, y los efectos de una de las más horribles y espantables catástrofes que pueden sulrir los pueblos. Es que una de las regiones más importantes de la hidalga y desgraciada nación española, se halla envuelta por el oscuro y tenebroso manto de la muerte y de la ruina; por que la tierra se ha conmovido de un modo espantoso, porque continuos fenómenos, de esos que aun la ciencia no ha estudiado suficientemente, han convertido en escombros pueblos llenos ayer de actividad y de vida, y comarcas no ha mucho acariciadas por la más risueña fortuna; es que la miseria se ha dejado sentir con toda su terrible desnudez y es necesario que luchemos hasta que consigamos vencerla; es que hay dolores que mitigar y hasta si es posible extinguirlos por completo; es que tristes lamentos brotan de entre las ruinas de las in-

fortunadas poblaciones andaluzas en demanda de socorro y compasión.

Ante ese sombrío y desconsolador espectáculo, y al escuchar los ayes lastimeros de tantos seres desgraciados, conmueven los corazones nobles, y unidos todos, y como guiados por una misma idea, se levantan presurosos á rendir un tributo de respeto y de admiración ante el altar sacrosanto de la Caridad.

Por eso en España y en casi todas las naciones del mundo civilizado, donde alientan pechos generosos é hidalgos, allí observaremos esa agitación continua, producida é inspirada por ese noble sentimiento que embarga al corazón humano; por ese destello divino de nuestra Religión, por esa la más dulce y la más inextinguible emanación del cielo que nos alienta y nos anima.

Lágrimas, ruinas, muerte, miseria y desolación: hé aquí los efectos de esas terribles trepidaciones y oscilaciones terrestres que han excitado el sentimiento universal, ante la horrible perspectiva que ofrecen los derruidos pueblos y las derrumbadas poblaciones que han sido víctimas de tan enorme fenómeno de la naturaleza.

¡Que cuadro tan triste y tan sublime! ¡Que espectáculo tan desconsolador y al mismo tiempo qué magnífico y sorprendente!

Si dirigimos nuestra vista hacia las provincias de Granada y Málaga, teatros de tan grande catástrofe aquejado, aquel espectáculo nos entristece, nos causa horror y espanto; el corazón conmuevese ante la desgracia inmensa que aflige á nuestros compatriotas. Apartamos los ojos de tanta ruina y escuchamos el clamor incesante del padre, del hijo y del hermano, que no solo han quedado sumidos en la miseria, no solo han visto derrumbarse el fruto, quizá, de inmensos trabajos y de incesantes penalidades; sino que los seres más queridos de su alma han encontrado su sepultura bajo las ruinas de lo que antes constituyera su fortuna y su bienestar. Pero al mismo tiempo que tan justificados clamores hieren el corazón, fijamos la vista en todos los pueblos españoles; y en Francia, en Inglaterra, en Portugal, en Holanda, en Italia, en Austria, en Turquía y en todas las naciones donde luce la antorcha luminosa de la civilización, donde no se ignora que todos somos hermanos, donde se sabe que ante el peligro y la desgracia desaparecen todas las diferencias de raza y de partido; allí, donde se rinde culto á las leyes de la naturaleza y de la humanidad; allí, donde no ignoran que todo el género humano se halla ligado mutuamente por vínculos inquebrantables, formados desde la creación del

hombre y restaurados ó fortalecidos con la sangre del hijo de María, la esposa del pobre artesano de Galilea; allí, si, finalmente, en esos pueblos, en esas naciones donde hay corazones sensibles, donde no se desconoce la idea sublime de la Caridad, allí el opulento capitalista cede una parte de sus riquezas, el humilde obrero se desprende gustoso del producto de su trabajo, y el mísero mendigo, inspirado también por el más noble de todos los sentimientos humanos, generoso acude igualmente á depositar la limosna que en nombre de Dios ha solicitado para su propia manutención; y todos se esfuerzan, todos se agitan con el único fin de acudir en socorro de los desgraciados seres que han sobrevivido á la inmensa catástrofe que tanto lamentamos..... ¡Ah! en vano nuestra inteligencia en sus fogosas elucubraciones pudiera formarse una idea, siquiera fuese aproximada, de la belleza de ese cuadro tan sublime que hoy nos ofrece el mundo civilizado, si, por desgracia, fatales y terribles acontecimientos naturales no hubieran venido á demostrarnos que la Caridad, esa inspiración del cielo, ha invadido casi todos los pueblos del orbe, siendo aclamada como reina de todas las virtudes humanas.

¡Oh Caridad! ¡Bendita seas, si, bendita seas! Yo te adoro, yo te venero, yo me admiro ante los magníficos efectos que produces.... Jamás, jamás te apartes de nuestro lado, no abandones nunca la morada que el hombre te ofreciera en lo más profundo de su alma, no huyas, no; seas siempre nuestra más fiel compañera, no prives al género humano del néctar delicioso que incesantemente derramas por doquier.... ¿no ves como afanosa la humanidad te practica? ¿no ves como ella se sabe rendirte vasallaje? ¿no ves, Caridad, como levanta soberbios y suntuosos templos que consagra para morada del huérfano, del menesteroso y del enfermo? ¿no ves, virtud sublime, como te adora y pretende perpetuar tu nombre? ¿no ves, institución divina, como te veneran los pueblos todos en donde tu has penetrado, acudiendo á endulzar los dolores, á vestir al desnudo y á dar de comer al hambriento?... ¡Ay divina emanación del cielo! ¡Ay santa inspiración de Dios! ¿Qué sería de las humanas generaciones sin tu existencia? La Creación, la portentosa obra del Altísimo hubiera quedado imperfecta. Al no existir al sentimiento de la Caridad sería preferible que tampoco existiera el mundo, en que vivimos; por que el hombre, sin ese amor purísimo, sin esa institución santa, contemplada insensible como su hermano perecía en medio de la catástrofe más espantosa, de-

jándole sin amparo y á merced del alborotado y embravecido mar de la desgracia y de la muerte.

Pero en el corazón humano alberga un sentimiento sublime, una virtud divina, y ella es la que hoy, alienta al mundo, ella es la que hoy le guía por la senda de la verdadera Caridad. ¡y ella, en fin, es la que en estos instantes produce esa tan extraordinaria agitación de pueblos y de naciones civilizadas, donde rindiendo están el más solemne culto á la más noble y á la más hermosa de todas las virtudes humanas.

Manuel Gonzalez.

EL TIEMPO Y LA HIGIENE.

Frios intensos, escarchas, nieves y vientos huracanados, tal es el resumen meteorológico de la quincena que acaba de transcurrir. El invierno que atravesamos está muy en carácter y extrema sus rigores con una tenacidad no acostumbrada en nuestra latitud.

Así, pues, á invierno crudo, gran previsión, y sobre todo, gran provisión de calorífico.

Siendo excesivo el que por irradiación pierde de continuo el cuerpo humano en estos días, en que la baja temperatura atmosférica conspira á robárselo tenazmente, importa sobremanera restablecer el equilibrio termométrico; y en esto fundamos el consejo de hacer á todas horas gran provisión de calorífico, haciendo uso, según tantas veces hemos indicado y no nos cansaremos de repetirlo, de queso, manteca, carnes rojas, vino tinto, alcohólicos, café et reliqua.

El calor de la cama es la mejor coraza contra estos rigores invernales extra, para los convalecientes, ancianos y personas valetudinarias, ¡Guárdense mucho!

Calientense las habitaciones, sobre todo los escritorios, despachos y gabinetes de estudio, en los cuales, por razón del uso á que están destinados, se halla el cuerpo humano expuesto á desequilibrios térmicos, en fuerza del quietismo físico á que en ellos vive sujeto.

Salgan á gozar los beneficios del sol los niños sanos; los débiles y encienques permanezcan en casa, al amor de la lumbre.—Doctor Veritas.
(De La Higiene para todos.)

LOS QUE NACEN Y LOS QUE MUEREN.

—[]—

Con alguñ retraso acaba de publicar la Dirección general de Beneficencia y Sanidad, el «Boletín mensual de estadística demográfica sanitaria» correspondiente al mes de Octubre, de 1884.

Durante las cuatro semanas que comprende, desde el 29 de Setiembre al 26 del referido Octubre, ocu-